

IGLESIA ORTODOXA RUSA

PRINCIPIOS BÁSICOS DE LA ACTITUD DE LA IGLESIA
ORTODOXA RUSA HACIA LAS OTRAS CONFESIONES CRISTIANAS
(MOSCÚ, AGOSTO DE 2000)¹

1. La unidad de la Iglesia y el pecado de las divisiones entre los hombres

1.1. La Iglesia ortodoxa es la verdadera Iglesia de Cristo, fundada por Nuestro Señor y Salvador, la Iglesia confirmada y sostenida por el Espíritu Santo, la Iglesia de la que el mismo Salvador ha dicho: «edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella» (Mt 16,18). Esta es la Iglesia una, santa, católica (*sobornaja*) y apostólica, depositaria y dispensadora de los santos sacramentos en todo el mundo, «columna y fundamento de la verdad» (1 Tim 3,15). Ella tiene la plenitud de la responsabilidad de difundir la verdad del Evangelio de Cristo y también la plenitud de la

¹ Publicamos este documento del Concilio de los obispos de la Iglesia ortodoxa rusa, aprobado en agosto de 2000 y destinado a dar a conocer la posición del actual patriarcado de Moscú en lo referente al ecumenismo. La traducción al español está hecha por la Dra. Rosa M. Herrera García, y revisada en sus contenidos teológicos por el prof. Fernando Rodríguez Garrapucho. El documento en versión española que aquí reproducimos está tomado de la traducción italiana del ruso aparecida en la revista *Il Regno - documenti* 5 (2001) 188-196, quien gentilmente ha permitido esta traducción.

autoridad de testimoniar «la fe, que fue transmitida a los creyentes de una vez para siempre» (Jds 3).

1.2. La Iglesia de Cristo es una y única (san Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae unitate*). El fundamento de la unidad de la Iglesia —cuerpo de Cristo— está en el hecho de que tiene un solo Jefe —el Señor Jesucristo (Ef 5,23)— y que en ella actúa un solo Espíritu Santo, que vivifica el cuerpo de la Iglesia y une a todos sus miembros con Cristo como su cabeza.

1.3. La Iglesia es la unidad «del hombre nuevo en Cristo». En virtud de la encarnación y de haberse hecho hombre, el Hijo de Dios «recomenzó desde el principio la larga sucesión de los seres humanos» (San Ireneo de Lyon), creando un nuevo pueblo elegido, estirpe espiritual del segundo Adán. La unidad de la Iglesia es superior a toda unidad humana y terrena, porque es dada por Dios como don perfecto y divino. Los miembros de la Iglesia están unidos en Cristo por él mismo, son como los sarmientos de la vid, arraigados en él y convocados en la unidad de la vida eterna y espiritual.

1.4. La unidad de la Iglesia supera las barreras y las fronteras, especialmente las raciales, lingüísticas y sociales. Es necesario que el anuncio de la salvación sea proclamado a todos los pueblos a fin de que sean reconducidos a un solo seno y sean reunidos por la fuerza de la fe y por la gracia del Espíritu Santo (Mt 28,19-20; Mc 16,15; Hech 1,8).

1.5. En la Iglesia se superan la hostilidad y la indiferencia, y la humanidad, dividida por el pecado, es unida en el amor según la imagen de la Trinidad consustancial.

1.6. La Iglesia es la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Ef 4,3), es la plenitud y la continuidad de la vida de la gracia y de la experiencia espiritual. «Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia» (San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* III, 24). En la unidad de la vida de gracia está contenido el fundamento de la unidad y de la inmutabilidad de la fe de la Iglesia. Siempre e inmutablemente «el Espíritu Santo enseña a través de los santos padres y doctores. La Iglesia universal no puede pecar o errar y pronunciar mentira en lugar de verdad: porque el Espíritu Santo, que

está siempre operante a través de los padres y los doctores, siervos fieles de la Iglesia, la preserva de todo error» (*Carta de los patriarcas orientales*).

1.7. La Iglesia tiene un carácter universal; aunque existe en el mundo en la forma de diversas Iglesias locales, esto sin embargo no disminuye nada la unidad de la Iglesia. «La Iglesia, iluminada por la luz del Señor, difunde por todo el mundo sus rayos. Sin embargo, aquella luz, que se difunde por todas partes, permanece como una sola y la unidad del cuerpo no se puede dividir. La Iglesia extiende sus ramas sobre toda la tierra con exuberante fecundidad y expande sobre vastas regiones los arroyuelos que surgen ricos en agua. Sin embargo, uno solo es el principio, una sola la fuente y una sola la madre fecunda y rica en hijos: nacemos de su seno» (San Cipriano de Cartago, *De Ecclesiae unitate*).

1.8. La unidad de la Iglesia reside en el vínculo indisoluble con el sacramento de la Eucaristía, en el que los creyentes, participando en el único cuerpo de Cristo, verdadera y realmente se unen en el cuerpo único y universal, en el sacramento del amor de Cristo, en la fuerza transformadora del Espíritu. «Si de hecho 'todos participamos del único pan' entonces todos formamos el único cuerpo (1 Cor 10,17) porque Cristo no puede estar dividido. Por esto llamamos a la Iglesia cuerpo de Cristo, aunque nosotros seamos miembros individuales, según la interpretación del apóstol Pablo (1 Cor 12,27)» (San Cirilo de Alejandría).

1.9. La Iglesia una, santa y universal es Iglesia apostólica. Por medio del clero, establecido por Dios, los dones del Espíritu Santo se transmiten a los creyentes. La sucesión apostólica de la jerarquía de los santos apóstoles es el fundamento de la comunión y de la unidad de la rica vida de gracia. La desobediencia a la legítima autoridad de la Iglesia es desobediencia al Espíritu Santo, a Cristo mismo. «Seguid todos al obispo, como Jesucristo sigue al Padre; seguid al colegio de los presbíteros como los apóstoles; tened por los diáconos el respeto que tenéis por el mandamiento de Dios. Que nadie haga obra alguna que afecte a la Iglesia sin el obispo (...). Donde aparece el obispo, ahí se encuentra también la comunidad, como donde está Cristo, allí está la Iglesia católica» (San Ignacio de Antioquia, *A los cristianos de Esmirna*, 8).

1.10. Sólo mediante el vínculo con una comunidad concreta se realiza para cada miembro de la Iglesia la comunión con toda la Iglesia. Interrumpiendo los vínculos legítimos con la propia Iglesia local, el cristiano prejuzga la propia unidad salvífica con todo el cuerpo de la Iglesia, se separa de él. Cualquier pecado en cualquier medida aleja de la Iglesia, aunque no separe completamente de ella. En la concepción de la Iglesia antigua la separación consistía en la exclusión de la asamblea eucarística. Pero la readmisión en la comunidad eclesial de aquel (o aquella) que había sido excomulgado no sucedía nunca mediante la repetición del bautismo. La fe en el carácter permanente del bautismo se profesa en el Símbolo de fe nicenoconstantinopolitano: «Confieso un solo bautismo para el perdón de los pecados». El canon apostólico 47 recita: «el obispo o el presbítero, que bautice de nuevo a uno que en verdad ha recibido ya el bautismo (...) será destituido».

1.11. Con esto la Iglesia ha dado testimonio de que aquel que es excluido conserva el «sello» de la pertenencia al pueblo de Dios. Al readmitirlo la Iglesia restituye a la vida al que había sido ya bautizado con el Espíritu e incorporado en un solo cuerpo. También cuando excomulga a uno de sus propios miembros, sobre el que había impreso el propio sello en el día de su bautismo, la Iglesia espera su retorno. Considera la excomunión misma como un medio de renacimiento espiritual de aquel que ha sido excluido.

1.12. En el curso de los siglos el mandamiento de Cristo sobre la unidad ha sido muchas veces violado. A pesar de la comunión de ideas y la concordia universal queridas por Dios, en el cristianismo han surgido heterodoxias y divisiones. La Iglesia ha tratado siempre de modo severo e intransigente a los que expresaban ideas contrarias a la pureza de la fe salvífica, como también a aquellos que llevaban a la Iglesia divisiones y discordias: «¿Con qué fin existen entre vosotros peleas, cólera, disputas, excisiones y guerra? ¿No tenemos un solo Dios, un solo Cristo, un solo Espíritu de gracia derramado sobre nosotros y una sola vocación en Cristo? ¿Para qué destrozarse y herir a los miembros de Cristo y levantarse contra el propio cuerpo y alcanzar tal grado de demencia que olvidamos que somos miembros unos de otros?» (San Clemente Romano, *Carta a los Corintios*, 46,1).

1.13. En el curso de la historia cristiana, se han separado de la comunión con la Iglesia ortodoxa no sólo cristianos individuales, sino también comunidades cristianas enteras. Algunas han desaparecido en el curso de la historia, otras, sin embargo, se han conservado a lo largo de los siglos. Las divisiones más relevantes que se produjeron en el primer milenio, y que se han mantenido hasta nuestros días, tuvieron lugar tras el rechazo por parte de algunas comunidades de aceptar las deliberaciones de los concilios ecuménicos III y IV. Tales contrastes tuvieron como resultado la constitución en forma autónoma de Iglesias existentes hasta hoy: la Iglesia asiria de Oriente y las Iglesias precalcedonenses —la Iglesia copta, armenia, siriojacobita, etíope y malabar—. En el segundo milenio, tras la separación de la Iglesia de Roma aparecieron divisiones internas en el cristianismo occidental, vinculadas a la Reforma, y que condujeron al incesante proceso de constitución de una multitud de confesiones cristianas que no estaban en comunión con la sede de Roma. Surgieron además divisiones de la comunión con las Iglesias ortodoxas locales, entre ellas la Iglesia ortodoxa rusa.

1.14. Errores y herejías son la consecuencia de la autoafirmación egoísta y del aislamiento. Toda división o cisma provoca en alguna medida la corrupción de la integridad eclesial. La separación, aunque se produzca por razones de naturaleza no religiosa, representa una violación de la doctrina ortodoxa sobre la Iglesia y en un último análisis lleva a un deterioro de la fe.

1.15. La Iglesia ortodoxa por boca de los Santos Padres afirma que la salvación se puede encontrar sólo en la Iglesia de Cristo. Pero, al mismo tiempo, las comunidades que se han separado de la comunión con la ortodoxia no han sido consideradas nunca como completamente privadas de la gracia de Dios. La rotura de la comunión eclesial llevará inevitablemente a una laceración de la vida de la gracia, pero no siempre a su completa desaparición en las comunidades que se han separado. Precisamente a esto está vinculada la praxis de no admitir en la Iglesia ortodoxa a los que provienen de otras comunidades religiosas sólo a través del sacramento del bautismo. A pesar de la ruptura de la unidad, permanece una cierta comunión incompleta que sirve de signo de la

posibilidad de un retorno a la unidad en la Iglesia, a la integridad universal y a la comunión.

1.16. La posición en la Iglesia de aquellos que se han separado de ella no se puede circunscribir a una definición unívoca y simple. En el mundo cristiano dividido existen algunos rasgos característicos que lo unifican: son la Palabra de Dios, la fe en Cristo como Dios y Salvador que se hizo hombre (1 Jn 1,1-2; 4,2-9) y la devoción sincera.

1.17. La existencia de diversos ritos de admisión (mediante el bautismo, la sagrada unción y mediante la confesión) demuestra que la Iglesia ortodoxa se relaciona con las otras confesiones cristianas de manera diferenciada. Un criterio es qué grado de integridad de la fe y de la estructura de la Iglesia y de las normas de la vida religiosa cristiana se ha conservado en una confesión particular. Pero al fijar los diversos ritos, la Iglesia ortodoxa no emite un juicio sobre la medida de la integridad o la corrupción de la vida religiosa en las otras Iglesias, manteniendo que esto forma parte del misterio de la providencia y del juicio de Dios.

1.18. La Iglesia ortodoxa es la verdadera Iglesia en la que se conservan íntegramente y sin corrupción la santa tradición y la plenitud de la gracia salvífica de Dios. Ella ha mantenido en la integridad y en la pureza la herencia santa de los apóstoles y de los santos padres. Ella es sabedora de la conformidad de la propia doctrina, de la estructura litúrgica y de la práctica religiosa con el anuncio de los apóstoles y con la tradición de la Iglesia antigua.

1.19. La ortodoxia no es una «característica nacional-cultural» de la Iglesia de Oriente. La ortodoxia es una cualidad intrínseca de la Iglesia; es la preservación de la verdad doctrinal, del ordenamiento litúrgico y jerárquico y de los principios de la vida religiosa que se encuentra constante e ininterrumpidamente en la Iglesia desde los tiempos apostólicos. No se puede ceder a la tentación de idealizar el pasado o de ignorar los trágicos errores o los fallos que han tenido lugar en la historia de la Iglesia. Un ejemplo de autocritica espiritual nos lo ofrecen ante todo los grandes padres de la Iglesia. La historia de la Iglesia en los siglos IV-VII conoce bastantes casos de caída en la herejía de una parte considerable del pueblo cristiano. Pero la historia revela también

que la Iglesia ha combatido con firmeza la herejía, y ha conocido a veces la experiencia de la sanación del que había caído, la experiencia del arrepentimiento y del retorno al seno de la Iglesia. Justamente la trágica experiencia de la emergencia de ideas erradas en el seno de la Iglesia misma y las luchas que han seguido durante el período de los concilios ecuménicos han habituado a los hijos de la Iglesia ortodoxa a la vigilancia. La Iglesia ortodoxa dando testimonio humildemente del hecho de custodiar la verdad, recuerda al mismo tiempo todas las tentaciones que han surgido en la historia.

1.20. Como consecuencia de la violación del mandamiento de la unidad, que ha provocado la tragedia histórica del cisma, los cristianos separados, en lugar de ser un ejemplo de unidad en el amor según el modelo de la santísima Trinidad, se han convertido en fuente de escándalo. La división de los cristianos es una herida abierta y sangrante en el cuerpo de Cristo. La tragedia de las divisiones ha llegado a ser una distorsión grave y macroscópica del universalismo cristiano, un obstáculo que ha impedido e impide dar testimonio plenamente de Cristo en el mundo. De hecho la eficacia de este testimonio de la Iglesia de Cristo depende en gran parte de la manifestación, en la vida y en la praxis de las comunidades cristianas, de la verdad que anuncia.

2. Aspiraciones a la reconstitución de la unidad

2.1. Objetivo esencial de las relaciones de la Iglesia ortodoxa con las otras confesiones cristianas es la reconstitución de la unidad de los cristianos, unidad querida por Dios (Jn 17,21) y que entra en su designio; pertenece a la esencia misma del cristianismo. Este objetivo es de primera importancia para la Iglesia ortodoxa a todos los niveles de su vida.

2.2. La indiferencia por este objetivo o su negación son un pecado contra el mandamiento de Dios que quiere la unidad. Según las palabras de san Basilio Magno: «la única preocupación conveniente para los que sirven genuina y verdaderamente al Señor es ésta: reducir a la unidad las Iglesias que están disgregadas unas de otras en muchas partes y de muchos modos» (*Cartas*, 114).

2.3. Sin embargo, reconociendo la necesidad de reconstruir nuestra unidad cristiana rota, la Iglesia ortodoxa afirma que una comunión auténtica es posible solo en el seno de la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Todos los demás «modelos» de comunión son inaceptables.

2.4. La Iglesia ortodoxa no puede asumir la tesis de que, a pesar de las divisiones históricas, la comunión fundamental y profunda de los cristianos no se habría violado, y que la Iglesia debería comprenderse como coincidente con todo «el mundo cristiano», que la comunión de los cristianos existiría más allá de las barreras confesionales y que la separación de las Iglesias pertenece exclusivamente a las condiciones de imperfección de las relaciones humanas. Según esta concepción, la Iglesia sigue siendo una sola, pero esta unidad no es suficientemente manifestada en forma visible. En tal modelo de unidad el deber de los cristianos se comprende no como la reconstrucción de la unidad perdida, sino como la manifestación de la unidad existente de manera irrenunciable. En este modelo se repite la doctrina, nacida de la Reforma, de la «Iglesia invisible».

2.5. Absolutamente inaceptable y ligada a la concepción mencionada antes está la así llamada «teoría de las ramas», que afirma la bondad e incluso la providencialidad de la existencia del cristianismo en la condición de «ramas separadas».

2.6. Para la ortodoxia es inaceptable la afirmación de que las divisiones entre los cristianos son una inevitable imperfección de la historia cristiana, que subsisten sólo en la situación histórica contingente y pueden ser sanadas o superadas con la ayuda de acuerdos de compromiso interconfesional.

2.7. La Iglesia ortodoxa no puede aceptar «la igualdad de las confesiones religiosas». Los que se han separado de la Iglesia no pueden reunirse a ella en la condición en la que se encuentran actualmente; los principios dogmáticos divergentes deben ser superados, y no simplemente reconducidos. Esto significa que el camino hacia la unidad es el camino del arrepentimiento, de la transformación y de la renovación.

2.8. Es inaceptable la idea de que todas las divisiones son fundamentalmente trágicos malentendidos, de que las

divergencias parezcan inconciliables sólo por una carencia de amor recíproco, por la resistencia a comprender que más allá de toda la diversidad y la deformidad existe una unidad suficiente y una concordia «en la substancia». Las divisiones no pueden ser atribuidas a las pasiones de los hombres, al egoísmo o incluso a circunstancias culturales, sociales o políticas. También es inaceptable la afirmación de que la Iglesia ortodoxa se distingue de las otras comunidades cristianas con las que no está en comunión, por cuestiones de carácter marginal. No se pueden atribuir todas las divisiones y las divergencias a diversos factores no teológicos.

2.9. La Iglesia ortodoxa rechaza también la tesis según la cual la unidad del mundo cristiano se puede reconstruir sólo a través de la vía del servicio cristiano común al mundo. La unidad de los cristianos no puede ser restablecida mediante el consenso sobre las cuestiones mundanas, en cuyo caso los cristianos se encontrarían unidos por cuestiones marginales, manteniendo todas sus divergencias sobre cuestiones fundamentales.

2.10. Es inaceptable introducir el relativismo en el ámbito de la fe, limitar la unidad en la fe a un estrecho ámbito de verdades necesarias, para admitir más allá de estos límites «la libertad de la duda». Es inaceptable la propensión misma a la tolerancia de la divergencia de ideas en materia de fe. Pero con esto no se puede confundir la unidad de la fe con las formas de su expresión.

2.11. La división del mundo cristiano es una división en la experiencia misma de la fe y no sólo en las fórmulas doctrinales. Debe alcanzarse un pleno y auténtico acuerdo en la experiencia misma de la fe, y no sólo en su expresión formal. La unidad doctrinal formal no agota la unidad de la Iglesia, incluso si ésta es una de sus condiciones necesarias.

2.12. La unidad de la Iglesia es ante todo unidad y comunión en los sacramentos. Pero una comunión auténtica en los sacramentos no tiene nada que ver con la práctica de la así llamada «intercomunión». La unidad puede ser llevada a cabo sólo en una idéntica experiencia y vida de gracia, en la fe de la Iglesia, en la plenitud de la vida sacramental en el Espíritu Santo.

2.13. La reconstrucción de la unidad de los cristianos en la fe y en el amor puede venir sólo de Dios, como un don del Señor omnipotente. La fuente de la unidad está en Dios, y por esto serán vanos sólo los esfuerzos humanos para su reconstrucción, porque «si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores» (Sal 127,1). Sólo nuestro Señor Jesucristo que nos ha dado el mandamiento de la unidad, es el que puede darnos la fuerza para su actuación, porque él es «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Obligación de los cristianos ortodoxos, pues, es el cooperar con Dios en la obra de la salvación en Cristo.

3. *El testimonio ortodoxo frente al mundo no ortodoxo*

3.1. La Iglesia ortodoxa es la depositaria de la tradición y de los dones de gracia de la Iglesia antigua, y por esto mantiene que su deber principal frente a las confesiones no ortodoxas es el constante e infatigable testimonio, que conduce a la revelación y a la acogida de la verdad, expresada en esta tradición. Como se dice en la deliberación de la III Conferencia panortodoxa preconiliar (1986): «La Iglesia ortodoxa, en la profunda convicción y en la autoconciencia eclesial de ser portadora y testigo de la fe y de la tradición de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, cree firmemente ocupar un puesto central en el camino hacia la unidad de los cristianos en el mundo contemporáneo (...) Misión y deber de la Iglesia ortodoxa es enseñar en toda su plenitud la verdad contenida en la Sagrada Escritura y en la sagrada tradición, que confiere a la Iglesia su carácter universal. Esta responsabilidad de la Iglesia ortodoxa, así como su misión ecuménica respecto a la unidad de la Iglesia, han sido expresadas por los concilios ecuménicos, que han subrayado en particular el vínculo indisoluble existente entre la justa fe y la comunión en los sacramentos. La Iglesia ortodoxa ha buscado siempre ser un reclamo para las diversas Iglesias y confesiones cristianas hacia una búsqueda común de la perdida unidad de los cristianos, para que todos puedan llegar a la comunión de la fe...».

El compromiso del testimonio ortodoxo ha sido confiado a cada miembro de la Iglesia. Los cristianos ortodoxos deben

tomar conciencia con claridad de que la fe custodiada y confesada por ellos tiene un carácter universal, ecuménico. La Iglesia no sólo está llamada a instruir a sus hijos, sino también a dar testimonio de la verdad frente a los que la han abandonado. «Ahora bien, ¿cómo podrán invocarlo sin antes haber creído en él? ¿y cómo podrán creer, sin haber oído hablar de él? ¿y cómo podrán oír hablar de él sin nadie que lo anuncie?» (Rom 10,14). El deber de los cristianos ortodoxos es el de testimoniar esa verdad que ha sido confiada a la Iglesia una vez para siempre, porque, según la expresión del apóstol Pablo, «somos colaboradores de Dios» (1 Cor 3,9).

4. *Diálogo con los cristianos no ortodoxos*

4.1. La Iglesia ortodoxa rusa tiene abierto un diálogo teológico con los cristianos no ortodoxos desde hace más de dos siglos. Para este diálogo es peculiar la combinación del rigor dogmático con el amor fraterno. Este principio está formulado en la *Respuesta a la carta del Santo Sínodo del Patriarcado ecuménico* (1903) relativo al método del diálogo teológico con los anglicanos y los veterocatólicos. Con respecto a las confesiones no ortodoxas «se debe dar la disponibilidad fraterna a ayudarlas con aclaraciones, la atención habitual a sus mejores aspiraciones, toda la indulgencia posible por el embarazo natural a causa de la división secular, pero al mismo tiempo una resuelta profesión de la verdad de nuestra Iglesia universal como única depositaria de la herencia de Cristo y custodia de la única arca salvífica de la gracia de Dios (...) Nuestra tarea con respecto a ellas debe ser, sin ponerles obstáculos inútiles a la unión con una intolerancia y una inoportuna desconfianza, (...) la de revelarles nuestra fe y la convicción inquebrantable de que sólo nuestra Iglesia ortodoxa de Oriente, que ha custodiado sin corrupción la herencia íntegra de Cristo, es actualmente la Iglesia universal, y, precisamente por esto, mostrarles qué deben considerar y qué decidir, si verdaderamente creen en el carácter salvífico de la permanencia en la Iglesia y si desean sinceramente estar unidos a ella».

4.2. Una peculiaridad típica de los diálogos establecidos por la Iglesia ortodoxa rusa con otras confesiones cristianas

es su carácter teológico. La tarea de un diálogo teológico es explicar a los creyentes de las otras confesiones la autoconciencia eclesiológica de la Iglesia ortodoxa, los fundamentos de su doctrina, de su ordenamiento canónico y de su tradición espiritual, evitar la perplejidad y los estereotipos existentes.

4.3. Representantes de la Iglesia ortodoxa rusa mantienen diálogos con los creyentes de las otras confesiones sobre la base de la fidelidad a la tradición apostólica, a los santos padres de la Iglesia ortodoxa y a la doctrina de los concilios ecuménicos y locales. Con esto se excluyen todas las soluciones de compromiso de tipo dogmático y el contemporizar en la fe. Ningún documento o material de los diálogos y de los coloquios teológicos tiene fuerza vinculante para las Iglesias ortodoxas hasta que no hayan recibido una ratificación definitiva por parte de toda la Iglesia ortodoxa.

4.4. Desde el punto de vista de los ortodoxos, para las otras confesiones el camino de la reunificación pasa por el resanamiento y la transformación de la conciencia dogmática. Sobre esta vía deben ser repensados nuevamente los temas que se discutieron en la época de los concilios ecuménicos. Importante en el diálogo con confesiones no ortodoxas es el estudio de la herencia espiritual y teológica de los santos padres –intérpretes de la fe de la Iglesia.

4.5. El testimonio no puede ser un monólogo: presupone interlocutores, presupone una comunicación. El diálogo implica dos partes, una apertura recíproca a la comunicación, la disponibilidad a comprender, implica no sólo una «boca abierta» sino también «un corazón completamente abierto» (2 Cor 6,11). Precisamente por esto una de las atenciones más importantes en el diálogo de la teología ortodoxa con las otras confesiones debe ser el problema del lenguaje teológico, de la comprensión y la interpretación.

4.6. Bastante consolador y estimulante es el hecho de que la reflexión teológica no ortodoxa, tal como es expresada por sus mejores representantes, haya demostrado un sincero y profundo interés por el estudio de la herencia patristica y de la doctrina y del ordenamiento de la Iglesia antigua. Al mismo tiempo es necesario reconocer que en las relaciones entre la teología ortodoxa y la no ortodoxa quedan muchos

problemas por resolver y muchas divergencias. Incluso la afinidad formal en muchos aspectos de la fe no significa una comunión efectiva, porque los mismos elementos doctrinales son interpretados de manera diferente en las diversas tradiciones teológicas.

4.7. El diálogo con las confesiones no ortodoxas ha hecho renacer la convicción de que la única verdad universal y la única norma universal pueden ser expresadas y encarnadas en formas diversas en los diversos contextos culturales y lingüísticos. En el desarrollo del diálogo es necesario saber distinguir la originalidad del contexto específico de la desviación efectiva de la integridad universal. Debe estudiarse la cuestión de los límites de la multiplicidad en la tradición universal única.

4.8. Conviene recomendar la creación, en el ámbito de los diálogos teológicos, de centros de investigación, de grupos y de programas comunes. Es importante que tengan lugar con regularidad conferencias teológicas, seminarios y congresos científicos comunes, que se intercambien visitas y publicaciones e informaciones recíprocas, así como el desarrollo de programas editoriales comunes. Tiene también gran importancia el intercambio de especialistas, docentes y teólogos.

4.9. Es particularmente útil el envío de teólogos de la Iglesia ortodoxa rusa a los más importantes centros de estudios teológicos de las otras confesiones. Es también indispensable invitar a teólogos no ortodoxos a centros de estudios religiosos e institutos de estudios eclesiásticos de la Iglesia ortodoxa rusa para estudiar la teología ortodoxa. En los programas de las escuelas eclesiásticas de la Iglesia ortodoxa rusa deberá reservarse una mayor atención al examen del camino y de los resultados de los diálogos teológicos, pero también al estudio de las confesiones no ortodoxas.

4.10. Además de los temas propiamente teológicos el diálogo debe desarrollarse también según un vasto abanico de problemas relativos a la relación entre Iglesia y mundo. Un importante aspecto del desarrollo de las relaciones con las otras Iglesias es el trabajo conjunto en el campo del servicio social. Allí donde esto no se pone en contradicción con la

doctrina y la práctica religiosa, conviene desarrollar programas comunes de educación religiosa y de catequesis.

4.11. Una particularidad de los diálogos teológicos bilaterales, a diferencia de las relaciones multilaterales y de la participación en organizaciones intercristianas, es el hecho de que estos diálogos son llevados a cabo por parte de la Iglesia ortodoxa rusa según el grado y la forma que la Iglesia en ese momento cree más convenientes. La medida y el criterio son en este caso los acontecimientos del diálogo mismo, la voluntad de los interlocutores en el diálogo de tener en cuenta la posición de la Iglesia ortodoxa rusa en el más amplio espectro (no sólo en el ámbito teológico) de los problemas eclesiales y sociales.

5. *Diálogos multilaterales y participación en la actividad de las organizaciones intercristianas*

5.1. La Iglesia ortodoxa rusa mantiene diálogos con creyentes de las confesiones no ortodoxas no sólo sobre una base bilateral, sino también sobre una base multilateral, participando en las delegaciones panortodoxas y en el trabajo de las organizaciones intercristianas.

5.2. Con relación a la pertenencia a diversas organizaciones cristianas se atiende a los siguientes criterios: la Iglesia ortodoxa rusa no puede participar en organizaciones cristianas internacionales, regionales o nacionales en las que: a) el estatuto, el reglamento o el procedimiento prevean el rechazo de la doctrina o de las tradiciones de la Iglesia ortodoxa; b) la Iglesia ortodoxa no tenga la posibilidad de dar testimonio de sí misma en cuanto Iglesia una, santa, católica y apostólica; c) el proceso de decisión no tenga en cuenta la autoconciencia eclesiológica de la Iglesia ortodoxa; d) el reglamento y el procedimiento prevean la obligatoriedad «del juicio mayoritario».

5.3. El grado y las formas de la participación de la Iglesia ortodoxa rusa en organizaciones cristianas internacionales deben tener en cuenta su dinámica interna, el orden del día, la prioridad y el carácter de estas organizaciones en su conjunto.

5.4. La entidad y la medida de la participación de la Iglesia ortodoxa rusa en organizaciones cristianas internacionales están determinadas por las autoridades de la Iglesia en base al criterio de la utilidad para la Iglesia misma.

5.5. Subrayando la prioridad del diálogo teológico y del examen de los principios de la fe, de la organización eclesiástica y de la vida espiritual, la Iglesia ortodoxa rusa, como las demás Iglesias ortodoxas locales cree que es posible y útil tomar parte en el trabajo de diversas organizaciones internacionales en el campo del servicio al mundo —de la diaconía, del servicio social, de la construcción de la paz—. La Iglesia ortodoxa rusa colabora con diversas confesiones y organizaciones cristianas internacionales en la obra del testimonio común frente a la sociedad laica.

5.6. La Iglesia ortodoxa rusa mantiene relaciones de colaboración como la adhesión o la cooperación con diversas organizaciones cristianas internacionales así como con consejos nacionales y regionales de Iglesias y con organizaciones cristianas especializadas en el campo de la diaconía, de la actividad dirigida a los jóvenes o de la construcción de la paz.

6. Relaciones de la Iglesia ortodoxa rusa con los cristianos no ortodoxos presentes en su territorio.

6.1. Las relaciones de la Iglesia ortodoxa rusa con las comunidades cristianas no ortodoxas en los países de la Comunidad de Estados Independientes (CSI) y del Báltico deben ser llevadas a cabo en el espíritu de colaboración fraterna de la Iglesia ortodoxa con las demás confesiones tradicionales con el fin de coordinar la actividad social, de defender los valores morales cristianos, de promover la concordia social y de poner fin al proselitismo en el territorio canónico de la Iglesia ortodoxa rusa.

6.2. La Iglesia ortodoxa rusa afirma que la misión de las confesiones tradicionales es posible sólo con la condición de que ésta se lleve a cabo sin proselitismo y que no comporte la «sustracción» de creyentes, especialmente recorriendo al uso de beneficios materiales. Las comunidades cristianas de los

países de la CSI y del Báltico están llamadas a unir sus propios esfuerzos en el ámbito de la reconciliación y del renacimiento moral de la sociedad, a elevar la propia voz en defensa de la vida y de la dignidad humana.

6.3. La Iglesia ortodoxa hace una neta distinción entre las profesiones de fe de las otras confesiones que reconocen la fe en la Santísima Trinidad y en la divina humanidad de Cristo, y las sectas que niegan los dogmas cristianos fundamentales. Mientras reconoce a los cristianos de las otras confesiones el derecho a dar testimonio y a ocuparse de la educación religiosa de la parte de la población que por tradición pertenecen a ellas, la Iglesia ortodoxa se declara contraria a cualquier actividad misionera destructiva por parte de las sectas.

7. Tareas internas vinculadas al diálogo con el mundo no ortodoxo

7.1. En el momento mismo en que se rechazan las ideas erradas desde el punto de vista de la doctrina ortodoxa, los ortodoxos están llamados a acoger con amor cristiano a los que las profesan. En sus relaciones con los cristianos no ortodoxos, los ortodoxos deberían dar testimonio de la santidad de la ortodoxia y de la unidad de la Iglesia. En su dar testimonio de la verdad, los ortodoxos deben ser dignos del propio testimonio. Son inadmisibles las ofensas dirigidas a los no ortodoxos.

7.2. Es necesaria una información correcta y cualificada de la opinión pública de la Iglesia acerca del camino, las tareas y las perspectivas de los contactos y del diálogo de la Iglesia ortodoxa rusa con las confesiones no ortodoxas.

7.3. La Iglesia desaprueba a aquellos que, recurriendo a una información errónea, deliberadamente tergiversan los objetivos del testimonio de la Iglesia ortodoxa en el mundo no ortodoxo y conscientemente difaman la autoridad suprema de la Iglesia, acusándola de traicionar la «ortodoxia». Para los que esparcen las semillas de la instigación entre los simples creyentes es oportuno aplicar las sanciones previstas por el derecho canónico. A este respecto es oportuno

tuno atenerse a las deliberaciones de la Asamblea panortodoxa de Tesalónica (1998): «Los delegados han condenado por unanimidad los grupos cismáticos, como también determinados grupos extremistas en el interior de las Iglesias ortodoxas locales, que se aprovechan del tema del ecumenismo para criticar a la autoridad eclesiástica y minar su autoridad, buscando así fomentar disidencias y cismas en la Iglesia. Para sostener su injusta crítica se sirven de materiales falsos y desinformación.

Los delegados han subrayado además que la participación ortodoxa en el movimiento ecuménico ha estado siempre fundada y se funda también ahora sobre la tradición ortodoxa, las decisiones de los santos sínodos de las Iglesias ortodoxas locales y los encuentros panortodoxos (...).

Los delegados están de acuerdo en considerar necesaria la participación en las diferentes formas de actividades intercristianas. Nosotros no tenemos el derecho a renunciar a la misión que nuestro Señor Jesucristo nos ha confiado, la misión de dar testimonio de la verdad frente al mundo no ortodoxo. No debemos interrumpir las relaciones con las otras confesiones cristianas que están dispuestas a colaborar con nosotros (...). Desde hace 100 años que los ortodoxos participan en el movimiento ecuménico y 50 en el Consejo Ecuménico de las Iglesias no se ha visto un progreso significativo en las discusiones teológicas multilaterales entre cristianos. Al contrario, la distancia entre ortodoxos y protestantes es cada vez mayor, en la medida en que en determinadas denominaciones protestantes se refuerzan estas tendencias.

Durante la participación ortodoxa de varios decenios en el movimiento ecuménico, ningún representante oficial de cualquier Iglesia local ha traicionado nunca la ortodoxia. Al contrario, estos representantes se han mantenido siempre totalmente fieles y obedientes a sus propias autoridades eclesiásticas; han actuado en pleno acuerdo con las reglas canónicas, con la doctrina de los concilios ecuménicos y de los Padres de la Iglesia y con la santa tradición de la Iglesia ortodoxa» (Asamblea panortodoxa de Tesalónica, *Comunicado final*, 28.4-2.5.1998, nn. 4-7.10). El peligro para la Iglesia está representado también por aquellos que participan en los encuentros intercristianos hablando en nombre de la Iglesia ortodoxa rusa sin el beneplácito de la autoridad

eclesiástica, y también por aquellos que resquebrajan la integridad de la ortodoxia, participando en la comunión sacramental canónicamente inadmisibles con los cristianos no ortodoxos.

CONCLUSIÓN

El milenio que acaba de terminar ha sido marcado por la tragedia de las divisiones, de la enemistad y del alejamiento. Pero en el siglo XX los cristianos separados han manifestado la aspiración a reconstruir la unidad en la Iglesia de Cristo. La Iglesia ortodoxa rusa ha respondido con la disponibilidad para conducir un diálogo de verdad y de amor con los cristianos no ortodoxos, un diálogo inspirado por la invitación de Cristo y por la misión, encomendados por Dios, de cara a la unidad de los cristianos. También hoy en el umbral del tercer milenio de la encarnación del Señor y Salvador nuestro Jesucristo, la Iglesia ortodoxa una vez más con amor e insistencia exhorta a todos aquellos para los cuales el nombre bendito de Jesucristo es superior a cualquier otro nombre dado a los hombres bajo el cielo (Hech 4,12) a una feliz unidad en la Iglesia: «Nuestra boca os ha hablado francamente (...) y nuestro corazón se ha abierto para vosotros» (2 Cor 6,11).